



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Naturaleza y cultura

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1993). Naturaleza y cultura. *Cuadernos Americanos*, 3(39), 91-95.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VII, núm. 39, (mayo-junio de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NATURALEZA Y CULTURA

Por *Leopoldo ZEA*
MÉXICO

Cuando nosotros los occidentales llamamos a ciertas gentes 'naturales', borramos implícitamente el color cultural de nuestras percepciones de ellos. De hecho los vemos como parte de la flora y fauna locales, y no como hombres, como cosa infrahumana y con derecho para tratarlos como si no poseyeran los derechos humanos usuales.

Arnold Toynbee, Estudio de la historia.

«**E**L HOMBRE, dice Aristóteles, es un animal racional». Lo racional, la razón, es lo que lo distingue del conjunto de la naturaleza de la que también es parte. La razón como capacidad de objetivar, de volverse sobre sí misma y sobre el mundo del que es parte. Ésta le permite acomodarse, dentro del mundo que es su mundo. Como parte de ese mismo mundo natural están los otros, sus semejantes, que no lo son en la medida que le disputan el lugar que en el mundo se ha construido. La capacidad de objetivar no sólo le permite conocer y acomodarse a su mundo, a la naturaleza, sino también, en cierta forma, a manipularla, ponerla a su servicio; pero siempre de acuerdo con los límites que ella misma le marca. El **acomodo** y manipulación en las ineludibles relaciones del hombre con la naturaleza y los otros origina la cultura. La cultura como cultivo o manipulación del mundo natural, pero también como autocultivo, cultivo de sí mismo para actuar en relación con el mundo como naturaleza y en relación con los otros.

Racionalizar implica captar o deducir un orden cuyo conocimiento permita al hombre acomodarse y manipularlo de acuerdo con lo que las leyes de este orden permitan. Tarea que no es fácil,

porque se trata de una naturaleza cambiante tanto en su expresión natural como en la relación que se guarda con los semejantes. Difícil porque el sujeto que objetiviza es también parte del cambio. ¿Quién garantiza entonces la correcta captación y expresión de este orden? Sólo un ente que rebase las limitaciones naturales del hombre. Todo oídos, toda vista y toda razón, dice Jenófanes. Y tal ente es Dios, primer motor de ese orden que mueve sin ser movido.

Por la razón, el hombre, dentro de sus limitaciones, puede acceder al saber por excelencia de la divinidad. Dios, por no tener necesidades, no puede ser celoso, y por ello puede permitir al hombre que sepa algo de lo que él sabe. No todos tienen este privilegio, salvo algunos, los que cultivan la razón. Éstos pueden captar dicho orden, conocer el lugar que les es propio, conocer y comunicar. Quien capta el orden natural, capta el orden social. Física y política es la doble expresión de este conocimiento. El que más sabe deberá ser obedecido por el que menos sabe. Los filósofos reyes o los reyes filósofos.

Un ente, todo razón, garantiza el orden de la naturaleza social. Dentro del cristianismo es la Providencia como voluntad absoluta la que garantiza el orden. Aquí sólo la fe. Las Academias y los Liceos son suplidos por la Iglesia. Los otros son vistos como semejantes por ser criaturas de esa voluntad todopoderosa.

Un cambio radical respecto de esa garantía lo va a dar la Modernidad, que en el siglo *xvi* se anuncia con el Descubrimiento de América, inicio de la expansión europea sobre el mundo hecha por hombres que no se conforman con que les sea garantizado el orden en el mundo en que han de vivir sino que además tratan de ponerlo a su servicio. El Renacimiento y otras expresiones de la cultura de ese tiempo hacen del hombre el centro de todo orden. Con el "yo pienso, luego existo" de Descartes, la razón ya no es algo divino, sino algo propio del hombre, que partirá del cambio natural y social. Es por la razón que todos los hombres son iguales. A partir de la democracia y con ella el derecho de autodeterminación de los individuos y los pueblos expreso en la Revolución norteamericana de 1776 y la Francesa de 1789, lo que distingue a los hombres entre sí es sólo accidental. El europeo, es igual que el hotentote, salvo que en este último, la razón se encuentra limitada por accidentes naturales como la etnia, lo cual va a justificar paradójicamente al colonialismo, y por lo mismo el no occidental es visto como parte de la fauna y flora por explotar o destruir.

No se trata ya de acomodarse al orden natural, sino de conocerlo para utilizarlo. Dios sólo garantiza que lo que la razón va

captando es real. El orden de la naturaleza como algo que hay que ir conociendo, parte por parte, a través de la inducción y la posterior objetivación de lo conocido para así manipularlo. Este orden puede ser alterado, algo que nunca antes se había atrevido el hombre a hacer. Galileo lo conoce, pero para alterarlo. Surge así la física moderna, que pone al universo al servicio del hombre. No de todos los hombres, sino sólo de aquellos que han sabido captarlo para utilizarlo. La cultura es concebida ahora como civilización. Civilizar es dominar a la naturaleza y a sus criaturas para mayor gloria de la providencia a través del hombre que así se sirve de ella; parte de la misma son también los otros, la gente y pueblos que no han mostrado capacidad para seguir este camino.

En 1492 se inicia la expansión sobre el mundo que el hombre quiere poner a su servicio. Lo inicia la expansión ibera pero de acuerdo con el orden propio de la cristiandad. Le sigue la expansión de la Europa del otro lado de los Pirineos, donde Dios es sólo garantía. De este cambio toman pronto conciencia en Europa pueblos con fronteras como Asia y África, eslavos e iberos. Pueblos de diversas formas mestizados con otras etnias y culturas, con otra concepción del mundo y de la vida.

La expansión europea iniciada en 1492 se continúa y se amplía a lo largo de los siglos siguientes, enmarcada en una cultura de dominio sobre el mundo natural y los naturales. Se globaliza la historia en relación con esta concepción de acuerdo a la cual unos pueblos son sujetos de la misma y los otros objeto o instrumento de los primeros. En el siglo XX esta preocupación por dominar la tierra y el mismo universo llegó hasta las estrellas. El mundo y el universo plenamente dominados por los pueblos en los cuales se origina la cultura llamada occidental, que incluye a su más destacada criatura, los Estados Unidos de América.

Un insaciable, insatisfecho espíritu, que Goethe describe en el *Fausto*: "Un solo espíritu basta para originar miles de brazos... Pero, ¿no es acaso una gran tortura sentir que siempre falta algo en medio de tanta riqueza?". "Trabaja para mí la multitud, pero hay algo que impide que me sienta satisfecho". Fuera y como objeto de este insaciable dominio están los pueblos vistos como parte de la naturaleza, pero también los pueblos que en la misma Europa han quedado rezagados de la historia, iberos y eslavos. Iberia toma pronto conciencia de este su rezago respecto de la Modernidad en las derrotas sufridas en 1588 en el Canal de la Mancha frente a Inglaterra y en 1898 frente a Estados Unidos en las Antillas y el

Pacífico. En la América bajo hegemonía ibera se plantea la disyuntiva sarmientina: ¿civilización o barbarie?

Llegamos a este nuestro fin de siglo y de milenio, cuando la cultura de dominación ha alcanzado un nunca imaginado desarrollo. Cultura de dominio natural y político a través de una ciencia y técnica del amedrentamiento expresado en la guerra fría. Fin de siglo y de milenio como también lo será de la indiscriminada explotación de la naturaleza y de los naturales. La naturaleza pasa ahora la cuenta por la explotación de que ha sido objeto. Explotación que se vuelve contra los manipuladores y amenaza con arrastrarlos por los cambios que su ambición ha originado. Algo semejante sucede con los naturales, hasta ponerse en marcha un extraordinario movimiento descolonizador: "No somos naturaleza, somos una expresión concreta de lo humano y exigimos su reconocimiento".

1989: fin de la guerra fría y de la cultura de amedrentamiento. Y con ello fin de la indiscriminada explotación de la naturaleza y los naturales. Fin que es declarado, paradójicamente, por el mismo conjunto de países más beneficiados con la doble explotación. En la Conferencia sobre Ecología celebrada en Río de Janeiro en 1992, los países que más se han beneficiado con la manipulación de la naturaleza exigen el fin de esta manipulación. Se comprometen a no seguir afectando tal explotación. Sin embargo, los pueblos que han quedado fuera de esa explotación deberán comprometerse a lo mismo. Los países subdesarrollados o en vías de desarrollo deberán renunciar definitivamente a un desarrollo que implique la explotación que ha permitido a otros alcanzar el desarrollo. Todo debe detenerse. Los grandes beneficiarios de la cultura de dominación podrán vivir de los réditos de esta explotación. Los que no la han alcanzado sólo deberán renunciar a continuarla para impedir la catástrofe ecológica que destruirá al hombre mismo.

Fin también de la explotación de los naturales; quinientos años después del inicio de ésta se pretende mandar al continente descubierto al vacío de la historia de donde los sacó tal descubrimiento. Con este continente pasan igualmente al vacío las tierras y hombres que ayer fueron objeto de explotación. Tanto América Latina como el resto de los pueblos del Tercer Mundo son ya prescindibles. Su autarquía afirma una nueva autarquía de los beneficiarios de la cultura de dominación. En 1989 caen los muros que separaban a la Europa Occidental de la Oriental: ahora se levantan otros. Fin de la guerra fría, pero también fin de la historia, dice Francis Fukuyama. Fin que señala el apogeo del sistema que originó la manipulación de la naturaleza y de los naturales. Quedan fuera los pueblos

de la América Latina, Asia y África y los que en Europa formaban parte del desintegrado sistema comunista.

Esto es precisamente lo que no pueden aceptar los pueblos condenados al subdesarrollo y marginados de los logros a los que ellos mismos han contribuido con las riquezas de sus tierras y del trabajo de sus hombres. Aquella Europa cuyos hombres se expandieron sobre la tierra se repliega levantando murallas para impedir que los pueblos marginados tomen un lugar en el mundo al que consideran llegado al máximo del progreso y la prosperidad. Los cambios ecológicos amenazan a un mundo que ha llegado a los límites del desarrollo; pero también amenazante es la gente que se resiste a ir al vacío de la historia por ser considerada innecesaria en un mundo en que la explotación debe terminar. Pero no es sólo la naturaleza la que pasa la cuenta, también la gente manipulada que hace ya múltiples reclamos respecto de su identidad, etnia y cultura, que exige ser parte del orden natural y político que ha sido creado.

Éste es el reto de nuestros días, la creación de un nuevo orden ecológico y político para que el hombre en sus múltiples y concretas expresiones tenga un puesto en él, dentro de una relación horizontal de solidaridad y no ya más la vertical de dependencia. Un orden que permita convivir con la naturaleza y con los otros a partir de un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios. Fin de la historia, sí, pero de una historia construida sobre una base represiva, historia como contestataria creación de un orden universal al alcance de todos los hombres, en un orden natural que no implique ya su destrucción. Desde esta América, poblada por gentes de diversas formas marginada, gente cuya naturaleza ha sido explotada en exclusivo beneficio de intereses ajenos, deberá surgir la iniciativa que posibilite y garantice un mundo en que se ponga fin a una historia exclusivista y marginadora y se dé inicio a una historia que ha de ser hecha por todos y cada uno de los hombres, ahora en beneficio de todos ellos.